

había realizado aquel caudillo, haciendo prisionera de guerra la guarnición, que consistía en 146 hombres y un comandante, cogiendo ocho cañones y algunas municiones de boca y guerra (1). Tal remate tuvieron por este lado las operaciones.

Natural parece que deseen saber nuestros lectores qué había sido del general Clausel, tan viva como inútilmente esperado por el rey José para el día de la batalla, y con cuyos 15,000 hombres y los que mandaba Foy que tampoco pudo acudir, indudablemente habría podido ser muy otro el resultado de aquel combate. Pero de los varios avisos que José había enviado á Clausel no le llegó ninguno: habíase valido el monarca francés de paisanos, y no hubo quien quisiese ó se atreviese á desempeñar el encargo con lealtad. Clausel en su marcha solo encontraba habitantes fugitivos y silenciosos: tal era el espíritu del país. Ignorante el segundo en Logroño de lo que pasaba, pero pronosticando algo, determinóse el 21 á avanzar por Peñacerrada hasta la espada de la sierra de Andía, por si lograba dar la mano á José. Aquella tarde llegó ya á traslucir lo que había pasado en Vitoria, y á la mañana siguiente salió á lo alto de la sierra, desde donde divisó las señales y restos del gran desastre. Sin turbarse volvió á ganar las márgenes del Ebro hasta Logroño, y teniendo delante á los ingleses, y observado por Mina y por don Julian Sanchez, tomó la atrevida resolución de engolfarse hasta Zaragoza, con objeto de cubrir las espaldas á Suchet y asegurarle la retirada. Picándole Mina la retaguardia, y siguiéndole ya tres divisiones inglesas destacadas por Wellington, entró Clausel en Zaragoza el 1.º de julio. Detúvose poco en aquella ciudad. En breve tomó también el camino de Francia por Jaca y Canfranc. Solo despues de haber llegado á Oloron se puso en contacto y obró en combinacion con las demás tropas de su nacion que habían entrado en Francia por diferentes puntos del Pirineo.

Un solo punto fortificado había quedado en poder de franceses y á espaldas de nuestro ejército en la línea del camino de Bayona, el de Pancorbo. No fué el encargado de tomarle ninguno de los cuerpos de aquel ejército, sino el de reserva de Andalucía, que estaba á cargo del conde de La Bisbal, el cual, libre Madrid de franceses, movióse de orden de Wellington por Extremadura á Castilla, donde llegó despues de hecha la gran retirada de los franceses. Prosiguió no obstante este cuerpo á Burgos (24 de junio), y encomendósele atacar las dos fortalezas de Pancorbo que obstruían el camino real de aquella ciudad á Vitoria, á causa de la angostísima garganta que forman las dos elevadísimas rocas laterales. Con la eficacia é inteligencia que siempre y en todas partes había mostrado el conde de La Bisbal don Enrique O'Donnell, acometió esta empresa con tan buen éxito, que ya el 28 de junio fué tomado por asalto el fuerte de Santa María por los intrépidos cazadores y granaderos de la primera brigada de la primera division. Quedaba el de Santa Engracia, que era el principal y mas respetable. Para embestir este fuerte fué menester construir una batería de seis piezas en la cima de una loma. Esta operacion y la difícilísima de subir los cañones se hizo con grande arrojo sufriendo el fuego enemigo. Se subió también una cantidad considerable de escalas. Rompióse el fuego por nuestra parte con acierto, amenazóse con el asalto, intimóse la

(1) Estas partes, y el del duque de Wellington desde Vitoria participando el resultado de la batalla, se publicaron todos en un mismo día en la Gaceta de Madrid de 9 de julio.

Don Pedro Agustín Giron, primogénito entonces del marqués de las Amarillas, fué despues duque de Ahumada.

rendición por dos veces, y al fin el comandante francés accedió á capitular (30 de junio), quedando prisionera de guerra la guarnición, que consistía en 700 hombres escasos (2).

Desembarazada así de enemigos toda esta parte del Norte de la Península, á excepcion de San Sebastian y Pamplona, ocupando el grueso del cuarto ejército español los puntos de Irún, Fuenterrabía y Oyarzun, el ejército anglo-hispano-portugués las comarcas de Guipúzcoa y Navarra hasta los Pirineos, y habiendo sentado Wellington sus reales como punto céntrico en Hernani, resolvió este general emprender los sitios de las dos plazas antes nombradas, encomendando el de San Sebastian á sir Thomas Graham, el de Pamplona al conde de La Bisbal con su ejército de reserva, y con las tropas que de Ciudad-Rodrigo, Zamora y otros pueblos de Castilla concurren conducidas por don Carlos de España. A su tiempo daremos cuenta de ellos.

«Tal fué, exclama aquí con mucha pena un historiador francés, la campaña de 1813 en España, tan tristemente célebre por el desastre de Vitoria, que señalaba nuestros últimos pasos en esta comarca, donde por espacio de seis años habíamos derramado inútilmente nuestra sangre y la de los españoles.» Y discurre despues sobre las causas de este para ellos funesto resultado, encontrándolas en no haber enviado Napoleon las fuerzas necesarias (considerando todavía pocas los 400,000 hombres que en ocasiones tuvo en la Península), en el empeño de querer apropiarse las provincias del Ebro, en la manía de querer gobernar y disponer todas las operaciones y movimientos desde tan larga distancia, en la falta de unidad de mando, en la escasa autoridad, ó sea sombra de ella, que había concedido siempre á su hermano José, en lo tardío de la concesion cuando se determinó á ampliarla, en el espíritu y en el hábito de los generales de no obedecer á José, en la falta de actividad de este y en la poca energía, aunque con gran talento y experiencia del mariscal Jourdan; y por último en los cálculos inexactos, y en los no mas exactos informes con que el ministro Clarke alucinaba al emperador, y producian órdenes ó irrealizables ó inconvenientes. Pinta luego el efecto que hizo en Napoleon la noticia de los sucesos de España, que recibió al salir de Dresde para sus grandes correrías militares de Alemania, y dice: «Su arrebato rayó en el mas alto punto, ofreciéndole una ocasion de desencadenarse contra José y sus hermanos todos. Se le vinieron á la memoria la abdicacion de Luis, la defeccion inminente de Murat que se anunciaba ya harto á las claras, el escándalo dado por Jerónimo al abandonar el año anterior el ejército, y tales recuerdos le inspiraron las palabras mas amargas. Realmente era llegada la hora de echar de ver cuán enorme falta había cometido al querer derrocar todas las dinastías, á fin de sustituirles la suya. Pero la justicia obliga á reconocer que su ambicion propia, mucho mas que la de sus hermanos, contribuyó á esta política desordenada..... (3).»

(2) Gaceta del 20 de julio, en que se insertaron los partes de Wellington y del conde de La Bisbal, este mas minucioso que aquel.

(3) El lector habrá podido observar que terminamos varios de estos últimos capítulos con el juicio de algun escritor francés sobre el resultado de los sucesos que acabamos de relatar. No lo hacemos fuera de propósito. Siempre que podemos preferimos dar á conocer las confesiones de los que eran entonces nuestros enemigos, dando en esto prueba de imparcialidad, á consignar nuestro juicio propio ó el de alguno de nuestros escritores, que pudieran, por ser de españoles, y favorables á nuestra causa, interpretarse por algo apasionados. Dejar á los enemigos que nos hagan justicia, es nuestro sistema siempre que de ello tenemos ocasion.

## CAPÍTULO XXIV

Tarragona.—San Sebastian.—Estado general de Europa

(De mayo á setiembre.)

1813

Valencia.—Suchet.—Expedicion de la escuadra anglo-siciliana á Cataluña.—Malograda tentativa contra Tarragona.—Actividad de Suchet.—Faltas de Murray.—Regreso desgraciado de la expedicion.—El lord Bentinck nombrado jefe de la escuadra.—Reencuentro en la línea del Júcar.—Influjo del suceso de Vitoria en Valencia.—Abandona Suchet esta ciudad.—Entran en ella los españoles.—Fuertes que deja guarnecidos en aquel reino.—Dirigese Suchet á Aragon.—Desampara el general París á Zaragoza.—Persigúele Mina.—Entran Sanchez y Duran.—Etiquetas entre Duran y Mina.—Resuélvelas la Regencia.—Mina comandante general de Aragon.—Sitio de la Aljafería.—Toma del castillo.—Suchet en Cataluña.—Salida de tropas españolas de Valencia.—Sitian los nuestros á Tarragona.—Los anglo-sicilianos: la division mallorquina.—Copons: Manso.—Intentan socorrerla los franceses.—Suchet: Decaen: Maurice-Mathieu: Bertolotti.—Vuela el francés las fortificaciones de Tarragona, y se retira.—Ocupala Sarsfield.—Posiciones que toman los ejércitos españoles y franceses.—El tercer ejército español va á Navarra.—Sucede el príncipe de Anglona al duque del Parque.—Accion de la Cruz de Ordal.—Sucesos en el Norte de España.—El rey José duramente tratado por Napoleon con motivo del desastre de Vitoria.—Retírase á Mortfontaine.—El mariscal Soult nombrado por Napoleon lugarteniente general suyo en España.—Viene á San Juan de Pié de Puerto.—Célebre y presuntuosa proclama que da.—Nueva organizacion y distribucion de su ejército.—Cerca el inglés Graham con los anglo-portugueses á San Sebastian.—Abre brecha en la plaza.—Costoso é inútil asalto.—Hace Wellington convertir el sitio en bloqueo.—Motivo de esta determinacion.—Movimiento de Soult.—Combates y batallas en los puertos de Roncesvalles y el Bastan.—Es rechazado Soult de todas las cumbres de los montes, y vuelve á San Juan de Pié de Puerto.—Intenta socorrer á San Sebastian.—Es desalojado de las montañas de Tolosa.—Heroísmo de nuestras tropas.—Elogios que de ellas hace Wellington.—Sitio de San Sebastian.—Cruza un ejército francés el Bidasoa en socorro de la plaza.—Deténele el 4.º ejército español.—Batalla y triunfo de los españoles en San Marcial.—Repasan los franceses el río.—Asaltan los anglo-lusitanos la plaza de San Sebastian y la toman.—Horribles excesos que en ella cometen.—Incendian la ciudad, que es toda entera reducida á cenizas.—Ríndese el castillo de la Mota.—No quedan franceses de este lado del Pirineo.—Situacion general de Europa.—Napoleon y los aliados del Norte.—Mediacion de Austria para la paz.—Negociaciones.—Asuncias diplomáticas de Napoleon.—Metternich: Caulaincourt.—Gran campaña de 1813 en Alemania.—Triunfos de Napoleon en Lutzen y Bautzen.—Acepta la mediacion de Austria.—Armisticio y congreso europeo.—Austria, incomodada con la conducta de Napoleon, se une á los coligados.—Segunda campaña de Napoleon contra la Europa confederada.—Triunfa en Dresde.—Desastre de Kulma.—Alegría y esperanzas de los aliados.—Se columbra la decadencia de Napoleon.—Precede España á Europa en vencer á los franceses.

Libres de franceses, con la que llamamos gran campaña de los aliados, en el corto espacio de dos escasos meses el reino de Leon, las dos Castillas, y las Provincias Vascongadas y Navarra, á excepcion de las plazas de Santoña, San Sebastian y Pamplona, manteníanse aquellos todavía en los antiguos reinos de Valencia, Aragon y Cataluña, á que se extendía el gobierno militar del mariscal Suchet, el mas afortunado y el mas entendido de los generales franceses que guerreaban en España. Había no obstante principiado en Cazalla, como apuntamos en el capítulo anterior, á participar su estrella de la palidez que empezaba ya á cubrir entonces la que alumbraba dentro y fuera de la Península española las huestes de Napoleon por tantos años en todas partes vencedoras.

Con todo eso, y con tenerle los nuestros, conforme al plan de Wellington, entretenido de modo que no pudiera destacar tropas en auxilio de los suyos ni á Castilla ni á Navarra, todavía le fué otra vez propicia la suerte, por prevision suya y por falta de sus enemigos. Corriendo mayo, y en tanto que los ejércitos españoles 2.º y 3.º le amenazaban en la línea del Júcar, se quiso llamar su atencion á otra parte, y se preparó una expedicion marítima, que habían de ejecutar los anglo-sicilianos regidos por el inglés Murray, juntamente con la division española de Whittingham, en número de 14,000 peones y 700 jinetes. El 31 de dicho mes se dió á la vela la expedicion

en Alicante con rumbo á Cataluña, de acuerdo y en combinacion con el capital general del Principado, general en jefe del primer ejército, Copons y Navia. Arribaron los aliados y tomaron tierra en el puerto de Salou, á poca distancia de Tarragona. En el camino á esta ciudad tenían los franceses el castillo del Coll de Balaguer con muy corta guarnicion. Era menester tomarle para dar paso á la artillería, y así lo ejecutó una brigada de las expedicionarias (7 de junio), ayudándola con cuatro batallones el general Copons, lo que permitió á Murray aproximarse, protegido por aquel general, á Tarragona.

Tan lento como anduvo el inglés, jefe de la expedicion, en atacar y embestir la plaza, anduvo activo el gobernador Bertolotti, reparando y aumentando las fortificaciones, y mostrando en su defensa valor y brio. Andúvolo el general Maurice-Mathieu, que gobernaba á Barcelona, acudiendo con 8,000 hombres que llegaban ya á Villafranca. Y no menos lo anduvo el mismo Suchet, que marchó allí con fuerzas considerables, dejando la defensa del Júcar á cargo del general Harispe. Aturdido á Murray la noticia de tales movimientos, llenóse de pavor, y el día que había de asaltar uno de los reductos exteriores (11 de junio), determinó reembarcarse, siquiera tuviese que abandonar la artillería y tren de sitio, como así comenzó á hacerlo al siguiente día. Acaso le salvó su mismo atropellamiento, pues no calculando ni pudiendo comprender Suchet tan extraña evolucion cuando le encontró de retirada hacia el Coll de Balaguer, no sabiendo lo que aquello significaba retrocedió hacia el Perelló. Murray, despues de nuevas vacilaciones, y oido un consejo de guerra, determinó proseguir el reembarco y volver á Alicante. Los franceses, socorrida sin obstáculo la plaza de Tarragona, regresaron también, á Barcelona los unos, hacia Tortosa los otros, no sin apoderarse de 18 cañones que el inglés dejó delante de la plaza, y que Copons con sola su gente no quiso aventurarse á recobrar. En el momento del reembarco hizo la suerte que se apareciese allí lord Bentinck, que venia á reemplazar á Murray; tomó aquel el mando de la escuadra, y la noche del 19 levó anclas para Alicante (1).

Durante esta malhadada expedicion fueron atacados los franceses en la línea del Júcar, que era una de las combinaciones del plan, pero también sin éxito, ya que no se diga habernos sido desfavorable. Tomaron no obstante á los dos días los nuestros (13 de junio) unas alturas, de donde los contrarios no pudieron desalojarlos. El general Elío, jefe del segundo ejército, los cañoneaba desde allí. El duque del Parque, que mandaba el 3.º y había ido allá desde la Mancha cuando los franceses evacuaron á Madrid, tuvo un encuentro en Carcagente en que perdió mas de 700 hombres. Nada pues se había adelantado con la desdichada expedicion á Cataluña, de donde se vió con admiracion regresar á Suchet tan entero como había ido: no así la escuadra anglo-siciliana-española, que despues de haber dejado allí la artillería tuvo la desgracia de encallar en los Alfaques y desembocadura del Ebro, perdiéndose cinco buques que cogieron los franceses, pero pudiendo al fin salvar los restantes hasta diez y ocho. Por último, despues de varias averías arribó la expedicion á Alicante, y á fin de junio situáronse las tropas en Jijona, viniendo bien para sostener á los nuestros, que con la llegada de Suchet iban perdiendo terreno, retirándose el tercer ejército á Castalla y el segundo hacia Chinchilla.

Afortunadamente el suceso de Vitoria no podía menos de influir en la situacion del reino de Valencia. Suchet comprendió toda su gravedad: y por mas que le fuese violento abandonar la ciudad en que había estado mandando casi como soberano cerca de diez y ocho meses, el país que representaba sus triunfos, y aquella Albufera que simbolizaba el título de su ducado, prefirió ir á amparar á los que suponía apretados en las márgenes del Ebro, y retirando el 3 y el 4 de julio las tropas de Játiva y Liria, de Buñols y las Cabrillas, á las primeras horas de la mañana del 5 salió él mismo de Valen-

(1) Formóse en Inglaterra consejo de guerra para juzgar la conducta de sir John Murray en esta ocasion: el tribunal declaró haber habido error y desacierto, pero no culpabilidad.

cia, en cuya ciudad entró pronto Villacampa, y sucesivamente fueron entrando el general Elio, los ingleses Bentinck, Clinton y otros, los españoles Roche y Whittingham y varios otros jefes con tropas de infantería y caballería, y por último el duque del Parque. Al marchar hizo destruir Suchet las fortificaciones de Valencia; mas como aquel que no quería dejar desamparado el país para el caso de una reconquista, conservó guarniciones en los fuertes y castillos de Denia, de Murviedro, de Peñíscola y de Morella, y aumentó hasta 4,500 hombres la de la plaza de Tortosa, poniendo á su frente al general Robert, en quien tenia gran confianza. Afanábase Suchet por socorrer al general Paris que habia quedado en Zaragoza, acosado por Mina, Duran y don Julian Sanchez, cuando Clausel se retiró á Francia por Jaca y Canfranc, como en otro lugar dijimos. Así, aunque haciendo un rodeo, que le proporcionó se incorporase á Musnier una brigada de la division Severoli que se hallaba en Teruel y Alcañiz, marcharon todos juntos y se apostaron entre Caspe, Gandesa y Tortosa (12 de julio).

Mas ya en este tiempo y durante su marcha el general Paris, despues de haber tenido algunos combates casi á las puertas de Zaragoza con la gente de Mina y con el coronel Tabuenca enviado por Duran para proponerle acometer la ciudad mancomunadamente, desamparóla el 8 de julio, al tiempo que los nuestros se disponian á acometerla, dejando solo 500 hombres en la Aljafería, y llevando consigo largo convoy de carruajes y acémilas. Así iban los franceses dejando libres las ciudades de primer órden en el verano de 1813. Las calles espontáneamente alumbradas y un inmenso gentío moviéndose con inmenso júbilo por ellas, anunciaban la entrada en Zaragoza del intrépido don Julian Sanchez con sus lanceros. Al día siguiente lo realizó Duran, á quien por su antigüedad y graduacion correspondia el mando en jefe, y á quien agasajaron con alegres y cordiales festejos. Tocóle á Mina seguir en pos de los franceses fugitivos, é hizo con su acreditada eficacia, acosándolos tan vivamente, que despues de alcanzarlos y picarlos donde quiera que intentaban descansar ó padecian descaído, los obligó en Aleubierre á abandonar la artillería, el convoy, casi todos los despojos que habian sacado de Zaragoza, pudiendo á duras penas el general Paris y los suyos ponerse en cobro en tierra francesa, casi por la misma ruta y los mismos pasos que antes Clausel habia llevado.

Volvió Mina triunfante á Zaragoza, y alojóse en el arrabal sin pasar el Ebro, porque la izquierda de aquel rio pertenecía á territorio en que él ejercia mando, como la derecha correspondia al en que mandaba Duran. Guardábanse estos miramientos los dos ilustres caudillos, siendo lo sensible que mas que de amistosa consideracion se sospechaba que naciesen de rivalidad, al menos de parte de alguno de ellos, llegando á producir falta de avenencia. Á deseo de cortar piques y discordias que pudieran ser lamentables atribuyóse la medida de la Regencia, disponiendo que Duran pasase á Cataluña, y que Mina con sus tropas y las que quisiera entresacar de las de aquel, quedase de comandante general de Aragon. Habíanse ido rindiendo las cortas guarniciones francesas que quedaran en los fuertes de la Almunia, Daroca y Mallen, y habia empezado Duran á formalizar el sitio de la Aljafería. Siguió Mina, como jefe ya superior de Aragon, apretándole con empeño. No esperaba sin embargo enseñorearse de él tan pronto: un terrible incidente abrevió este desenlace: en la mañana del 2 de agosto se oyó una horrible detonacion, y vióse volar el reducto mas inmediato á la ciudad, dejando descubierto y sin defensa el interior del castillo. En aquel mismo día pidió capitulacion el gobernador francés, concediósele Mina, y la guarnicion, compuesta de 500 hombres, quedó hecha prisionera de guerra. La explosion y el incendio no habian sido ni casuales ni producidos por los fuegos exteriores. Disensiones entre los jefes habian irritado á un comandante de artillería al extremo de poner él mismo fuego á las bombas que encerraba el reducto, pereciendo él con los veintiocho hombres que le defendian (1). Cogiéronse en el castillo 38 cañones,

(1) Un diario de Zaragoza inserto en la Gaceta de Madrid del 7 de

muchos miles de fusiles, y porcion de otros efectos y enseres de gran valor.

Quince días antes de este suceso, conociendo Suchet lo inútil de su estancia en Aragon, habia hecho recoger las cortas guarniciones que en algunos puntos de aquel reino tenia, conservando las de Mequinenza y Monzon, como convenientes para resguardo de la plaza de Lérida, en la cual dejó de gobernador al general Lamarque, en lugar de Henriod que era justamente odiado en el país, y pasando con su ejército el Ebro por Mequinenza, Mora y Tortosa, aproximóse con él á Tarragona, y pasó á situarse en Villafranca del Panadés. Tambien los nuestros se habian movido en pos del mariscal francés. De Valencia salieron los anglo-sicilianos mandados por Bentinck con la division española de Whittingham (16 de julio) camino de Tortosa con objeto de bloquear esta plaza. Algunos días despues partió el duque del Parque (21 de julio) con el tercer ejército la vía de Aragon. Protegia la marina inglesa estos movimientos desde las aguas de la costa. Quedó en Valencia el 2.º ejército; y en tanto que la capital y los pueblos libres se entregaban al regocijo y se proclamaba la Constitucion con solemnes festejos, ibanse sitiando los castillos de Murviedro, Morella, Peñíscola, y otros que el enemigo habia dejado guarnecidos. En honor del mariscal Suchet debe decirse que su gobierno en Valencia se distinguió del de los generales franceses que gobernaban otras provincias, ya en el órden y disciplina que hacia observar á sus tropas, ya en la igualdad y justicia que procuraba se guardasen en la exaccion de los impuestos, aunque gravosos, ya en no haber, como otros, despojado al país de sus riquezas artísticas, que las habia en abundancia y las hizo respetar y conservar en los templos y parajes en que se guardaban y á que pertenecian.

Solo en los últimos meses parece haber cometido algunas tropelías, ó enviando algunos jóvenes al patibulo, ó encarcelando ciudadanos respetables, porque no entregaban cantidades que se les pedian y excedian á su fortuna, si hemos de creer una correspondencia, no oficial, de Alicante, que se insertó en la Gaceta de 22 de junio, lo cual no hemos visto confirmado en otros documentos.

Con la ida de Suchet á Cataluña trasladóse allí el interés de la guerra que antes se extendia á los tres antiguos reinos de su mando. Tarragona, ciudad por él conquistada, vióse á últimos de julio sitiada por las fuerzas que comandaba lord Bentinck, siempre con ellas la division de Whittingham, y por la primera del primer ejército español, colocadas las otras en sus inmediaciones: presentábase el sitio algo mas serio que el que dos meses antes habia amagado ponerle sir J. Murray. Tambien ahora como entonces le protegia Copons con gente del primer ejército de su mando. Entre los servicios que esta prestó, fué uno el de cortar á los sitiados la entrada de subsistencias. Fallóle á don José Manso, encargado de esta operacion, la tentativa que hizo para copar un convoy que Suchet enviaba de Villafranca, pero desquitóse luego con usura, apoderándose de los molinos de San Sadurn que abastecian de harinas la plaza, tomando para si y repartiendo en el país los acopios que habia hechos. Ejecutó esta operacion sorprendiendo una madrugada (7 de agosto) un batallon de 700 italianos que custodiaba los molinos, é hizo de tal modo que solo 306 de ellos pudieron salvarse.

Interesaba á Suchet no dejar comprometido y expuesto al general Bertoletti y á los 2,000 hombres que con él en Tarragona habia, mas sin duda que conservar la plaza, cuya difi-

agosto, decia entre otras cosas: «Las disensiones que habia entre los franceses, y el haberse volado el comandante principal de artillería con los 28 hombres que defendian el reducto que miraba á los Agustinos, fué la principal causa de su rendicion: cuya voladura no fué obra de los fuegos exteriores, sino del comandante de artillería, que voluntariamente le causó, pereciendo con los demás.—El segundo de esta clase intentó pegar fuego al repuesto de 4,000 quintales de pólvora; pero advertido por los soldados, pudieron contener este atentado, evitando la ruina de toda la guarnicion, que constaba de 500 hombres lo menos, de los españoles que atacaban el castillo, y tal vez de una parte de la ciudad: lo cual solo de pensarlos estremece; y al propio tiempo reconocemos el favor de la Divina providencia por habernos librado de este acontecimiento tan terrible.»

cultad mostró comprender en el hecho de haberle encargado antes que tuviese preparados hornillos para volar las fortificaciones en el caso de que las acometiesen los aliados. Pero aguardó á que se le reunieran las tropas de los generales Decaen y Maurice-Mathieu, procedentes de Barcelona. Aunque con ellas reunia una fuerza de 30,000 hombres, gente toda aguerrida, faltábale mucho para igualar la de los aliados, aunque menos veterana. Juntos ya los franceses, avanzaron por dos caminos: lord Bentinck se colocó delante de Tarragona en órden de batalla; mas, léjos de esperar el combate, retiróse la noche del 15 (agosto). Siguiéronle los franceses por espacio de dos días, admirados de ver en Bentinck una conducta semeiante á la de Murray en el sitio anterior; pero no pasaron de las gargantas del Hospitalet: volvió Suchet á efectuar su primer pensamiento de hacer volar las fortificaciones de Tarragona. Realizóse esto la noche del 18 de agosto, segun lo tenia preparado Bertoletti, quedando aquella ciudad demantelada: el general gobernador con sus 2,000 hombres salió á incorporarse con el ejército francés, que se situó en la línea del Llobregat. Al día siguiente metióse en Tarragona don Pedro Sarsfield, que despues de haber estado con su division delante del castillo de Murviedro, habia sido llamado á Cataluña. Apoderóse de cañones y otros aprestos que habian quedado entre los escombros. Así evacuó Suchet aquella plaza cuya conquista le habia costado tantos esfuerzos, y habia sido hacia dos años tan repetidamente y con tanta preferencia recomendada por Napoleon, tan meditada, y con tanto trabajo y lentitud llevada á término.

Ocuparon luego nuestras tropas las posiciones siguientes: lord Bentinck volvió á situarse en Villafranca; Copons en Martorell y San Sadurn; Whittingham en Reus y Valls; el tercer ejército, llamado por Wellington para que ayudara á las operaciones de Navarra de que hablaremos luego, tomó por la derecha del Ebro, con parte de la division mallorquina de Whittingham, teniendo la artillería y bagajes que pasarle por Amposta en una sola balsa, operacion tan pesada que dió lugar á que saliendo de Tortosa el general francés Robert la pusiera en grande aprieto: á mediados de setiembre llegó á Tudela, dirigiéndose una parte de él á reforzar el bloqueo de Pamplona. Fatigado y achacosó el duque del Parque, renunció en este tiempo el mando del tercer ejército, reemplazándole el príncipe de Anglona. Cubrióse la falta de estas tropas en Cataluña con divisiones del 2.º ejército de las que no estaban ocupadas en el bloqueo de los fuertes del reino de Valencia: la de don Juan Martin (el Empeinado) fué destinada á estrechar el de Tortosa.—Suchet por su parte, firme en la línea del Llobregat, fortificó la cabeza del puente de Molins de Rey, y contruyó varios reductos á la izquierda de aquel rio. Don José Manso, diestro siempre en aprovechar el menor descaído de los contrarios, lanzóse el 10 de setiembre en ocasion oportuna sobre la vanguardia enemiga, y sobrecojiéndola hizo en ella destrozo considerable.

A su vez ideó Suchet, de acuerdo con Decaen, otra sorpresa contra un cuerpo respetable que el jefe de los aliados habia colocado en el difícil paso y eminencia llamada la Cruz de Ordal: hallábase tambien en él una brigada de la division de Sarsfield. Propúsose Suchet arrojarlos de aquel escarpado sitio: no era fácil la empresa, y por eso la intentó de noche y á las calladas. Acometió el primero el general Mesclap (del 12 al 13 de setiembre), el mismo que el 10 habia sido escarmentado por Manso. Recibiéronle serenos nuestros soldados; generalizóse la pelea; en ella fué gravemente herido el valiente coronel Adams, teniendo que reemplazarle don José de Torres, tambien conocido por su valor en otros combates. Prosiguió este con encarnizamiento, perdiendo los nuestros y recobrando un punto importante. Con mas fortuna atacó el francés por otro lado, arrollando la division Habert la derecha que defendian los ingleses. Distinguióse grandemente al frente de su batallon el comandante francés Bugeaud, despues y en nuestros tiempos uno de los generales mas distinguidos de la Francia. Cejaron tambien con aquel impetuoso ataque nuestro centro é izquierda, yendo á ampararse del general Copons que estaba, como hemos dicho, en Martorell y San Sadurn. No todos lo lograron: de los extraviados, algunos pudieron

incorporarse á Manso, otros á Bentinck, que avanzaba al ruido de la pelea; otros por milagro, despues de verse perdidos, pudieron al fin embarcarse en Sitjes. Vengó, pues, Suchet el 12 en la Cruz de Ordal el descalabro que el 10 habia tenido su vanguardia en Pallejá. Por fortuna no siguió adelantada, replegándose otra vez al Llobregat; los nuestros á Tarragona.

Allí los dejaremos por ahora, para dar cuenta de sucesos mucho mas graves que por el Norte de España habian ocurrido, y con los cuales comparados los que acabamos de referir, aunque importantes (repetimos lo que en el capitulo anterior), son de harto menos trascendencia, así por los resultados como por los elementos que jugaron en ellos.

Vimos cuánto habia irritado á Napoleon la noticia del desastre de Vitoria y de sus inmediatas y fatales consecuencias; y como si la causa de tamaño contratiempo hubiesen sido su hermano José y el mariscal Jourdan; ó como si, en caso de serlo, lo fuesen solos, y no tocase á él mismo la culpa y mas responsabilidad que á nadie en los errores de España, tratólos con la mayor dureza y sin género alguno de consideracion. «Harto tiempo he comprometido mis negocios por imbeciles:» escribió al archicanciller Cambaceres y á los ministros de la Guerra y de Policia. Y mandó á José que se retirara á Mortfontaine y no recibiera á persona alguna, encargando además al príncipe Cambaceres que prohibiera á los altos funcionarios ir á visitarle. Duro é inmerecido tratamiento contra un monarca y un hermano, cuyo mayor defecto, y tal vez el que acelerara su caida, habia sido su excesiva docilidad y respetuosa obediencia á las órdenes, muchas veces inconvenientes, muchas injustas, y hasta á los caprichos de su hermano. Y para mayor mortificacion suya nombró para que le sucediese, con el título de lugarteniente general del emperador en España, al mariscal Soult (1.º de julio), que á la sazón se hallaba en Dresde, que en España habia sido el general mas desobediente á José, y que sin duda en Dresde fué su mas terrible acusador. Partió pues Soult para la frontera española, y el mismo día que llegó á San Juan de Pié de Puerto (12 de julio), donde se hallaban José y Jourdan, tomó posesion del mando, y en aquel mismo salieron, José para Mortfontaine, Jourdan para Bayona, alojándose en el barrio de Saint-Sprit.

La proclama que el nuevo lugarteniente del emperador dió á sus tropas revelaba todo el orgullo de que venia poseido, mostrando además en ella la mas desatenta inconsideracion hacia los que acababan de ser, el uno su superior, el otro su compañero.

«Soldados, decia entre otras cosas: yo participo de vuestra tristeza, de vuestra pena y de vuestra indignacion: conozco que recae sobre otros la censura de la actual situacion del ejército: tened vosotros el mérito de reparar su suerte. Yo he manifestado al emperador vuestro celo y vuestro valor: sus órdenes son que desalojemos al enemigo de sus alturas, desde donde insolentemente domina nuestros hermosos valles, y le arrojemos al otro lado del Ebro. En el territorio español es donde vosotros debéis poner vuestros campamentos, y allí es de donde habeis de sacar vuestros recursos. No hay dificultad que pueda ser insuperable á vuestro valor y decidido celo.... Haced que lleve la fecha de Vitoria la relacion de vuestros sucesos, y que se celebre en aquella ciudad la fiesta del día de S. M. Imperial....—Firmado, Soult, duque de Dalmacia, lugarteniente del emperador.—23 de julio de 1813.»

Dió nueva organizacion al ejército, formando uno de los cuatro que antes se denominaban del Norte, del Centro, de Portugal y del Mediodía, el cual se llamó ejército de España. Distribuyóse en tres cuerpos de tres divisiones cada uno: confió el de la derecha al conde de Reille, el del centro al de Erlon, el de la izquierda á Clausel: constituyó además un cuerpo de reserva, que puso á cargo del general Villate, con dos divisiones de caballería pesada á las órdenes de Tilly y Treillard, y otra ligera á las de su hermano el general Soult.—Diremos lo que los nuestros habian hecho cuando el mariscal lugarteniente de Napoleon emprendió de nuevo sus operaciones.

Al ser expulsados los franceses de nuestro territorio por varios puntos del Pirineo, quedaban bloqueando los aliados las plazas de Pamplona y San Sebastian. La guarnicion fran-